LA MODA ELEGANTE

Año XXII. **PERIÓDICO DE LAS FAMILIAS,** Núm. 44.

QUE TIENE LA ALTA HONRA DE CONTAR COMO PRIMERA SUSCRITORA

A S. M. LA REINA (Q. D. G.)

CONTIENE LOS DIBUJOS MAS ELEGANTES DE LAS MODAS DE PARIS, MODELOS DE TODA CLASE DE TRABAJOS DE AGUJA, INCLUSOS LOS DE TAPICERIA EN COLORES, CROCHETS, CANEVAS ETC.,

Se publica un numero todos los Domingos.

PRECIO DE LA MODA ELEGANTE ILUSTRADA.
En España, Canarias y Portugal.
EDICION ECONÓMICA.
Un año 95 reales.—Seis meses 50 reales.—Tres meses 30 reales.
Precio de la edicion de lujo.
Un año 140 rs.—Seis meses 80 rs.—Tres meses 45 rs.
No se venden números sueltos.

PRECIO DE LA MODA ELEGANTE ILUSTRADA.
En las Américas Españolas
EDICION ECONOMICA.
Por un año 8 pesos fuertes.—Seis meses 5 pesos fuertes.
Precio de la edicion de lujo.
Por un año 12 ps. fs.—Seis meses 7 ps. fs.
EDITOR: **D. Abelardo de Cárlos.**

PRECIO DE LA MODA ELEGANTE ILUSTRADA.
En los demás estados de América.
EDICION ECONÓMICA.
Por un año 10 pesos fuertes.—Seis meses 6 pesos fuertes.
Precio de la edicion de lujo.
Por un año 15 ps. fs.—Por seis meses 8 ps. fs.
No se venden números sueltos.

Sumario—Corbata.—Velo de butaca al crochet. —Cestillo para papeles.— Bolsillo de juego. — Dos de Noviembre.— Dichoso el que no tiene novia!—Polka mazurka.— Explicacion del grabado de modas.—El dia de Difuntos.— Un año de matrimonio.—Descubrimientos científicos. — Figurin iluminado.

Corbata.

Se puede hacer de tafetan negro, tafetan de color, ó bien de batista blanca.—Si se quiere hacer de tafetan se toma tul negro y torzal de seda; en el otro caso se empleará tul blanco y algodon blanco ó negro.

Se trasladan los contornos del dibujo sobre la tela de la corbata, y debajo de esta tela se coloca un pedazo de tul bastante grande para forrar todo el dibujo. Se borda este á punto de cadeneta, el contorno exterior á punto de feston, despues se recorta la tela para dejar aparecer al tul.

La corbata será mas ó menos larga, segun que se quiera anudarla ó solamente cruzarla.

Velo de butaca al crochet.

MATERIALES.—Algodon Bresson n. 40 á 50; un crochet adecuado.

Cada estrella se hace por separado; se la comienza por el centro, apretando los puntos, y no se trabaja en espiral, sino á vueltas cerradas.

ESTRELLA GRANDE.—1.ª *vuelta*.—* 15 puntos en el aire,—un punto-cadeneta en el primero de estos 15. Vuélvase á empezar 2 veces desde *; esto forma tres bucles.

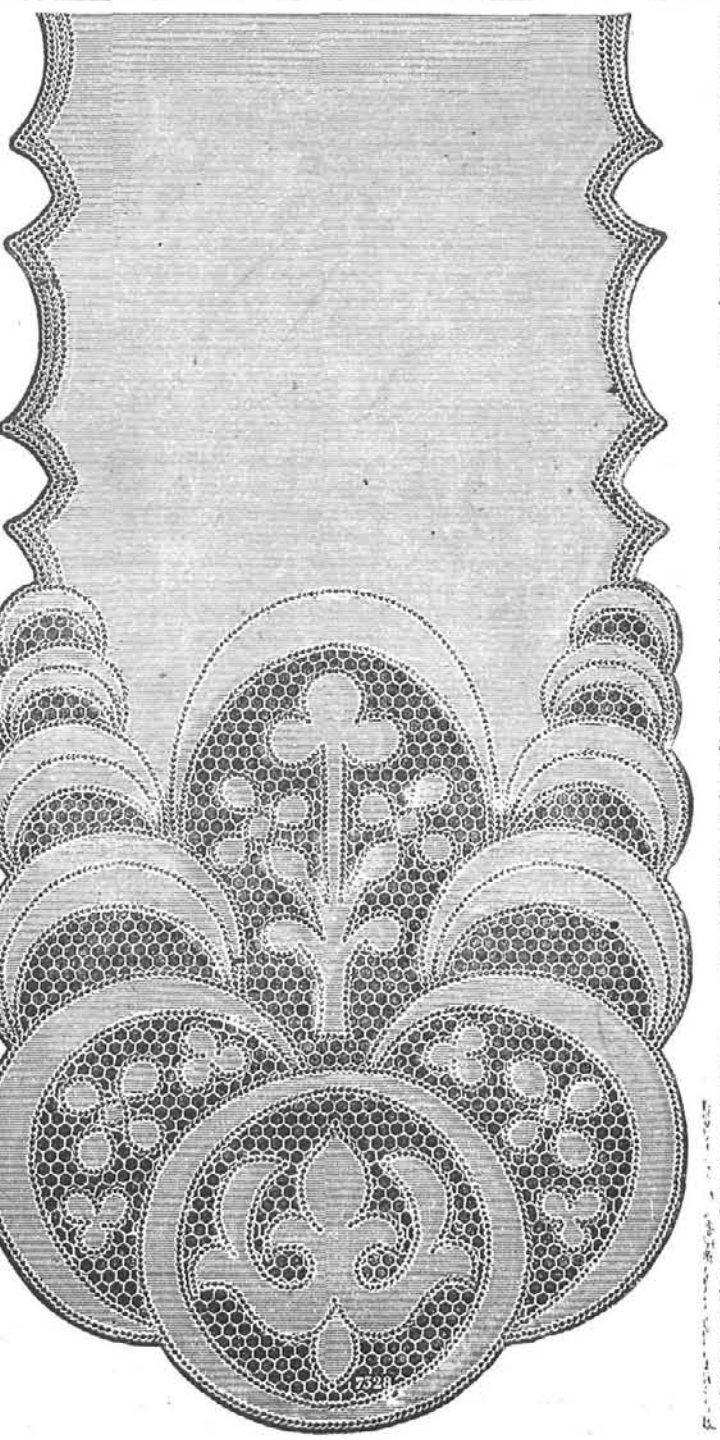
2.ª *vuelta*.—3 puntos sencillos en el primer bucle,—* 4 en el aire,—un punto-cadeneta en el punto sencillo que precede á los 4 en el aire, y estos forman lo que llamaremos un *piquillo*;—3 puntos sencillos en este mismo bucle, y tan cerca como sea posible de los primeros. Vuélvase á empezar cuatro veces desde *,—y vuélvase á empezar para los otros dos bucles.

3.ª *vuelta*.—5 puntos-cadenetas en los 3 primeros puntos sencillos, y en 2 puntos en el aire del piquillo del primer bucle,—14 puntos en el aire,—1 sencillo en el tercer piquillo del mismo bucle;—12 en el aire,—una brida en el último piquillo del mismo bucle,—* una brida en el primer idem del bucle siguiente,—12 puntos en el aire,—1 punto sencillo en el tercer piquillo de este mismo bucle,—12 en el aire,—una brida en el último idem de este mismo bucle. Vuélvase á empezar una vez desde *,—en seguida, un punto-cadeneta en el 3.º de los 14 puntos en el aire hechos al principio de la vuelta.

4.ª *vuelta*.—En el mas próximo feston, compuesto de puntos en el aire de la vuelta anterior se hacen: * 3 puntos sencillos,—1 piquillo (es decir, 4 puntos en el aire y un punto-cadeneta en el que precede á estos 4 en el aire),—3 sencillos,—1 piquillo,—3 sencillos,—1 piquillo,—3 sencillos,—1 piquillo,—3 sencillos. Vuélvase á empezar desde * para los otros 5 festones.

5.ª *vuelta*.—5 puntos-cadenetas para llegar al centro del piquillo mas próximo de la vuelta anterior,—6 puntos en el aire, y con cuatro de estos se forma un piquillo,—5 puntos en el aire, y con 4 se forma un piquillo,—2 en el aire,—* 8 en el aire, de los cuales un piquillo,—5 en el aire, de los cuales un piquillo,—otros 5 en el aire, de los cuales un piquillo,—10 en el aire, de los cuales un piquillo,—5 en el aire, de los cuales otro idem, —uno en el aire,—un punto-cadeneta en el 2.º piquillo (pasando por cima de uno) de la vuelta anterior, pero dirigiéndose á la derecha, de modo que esta vuelta se hace ahora al contrario,—6 en el aire, de los cuales un piquillo,—5 en el aire, de los cuales un idem, —2 en el aire,—1 punto-cadeneta en el 3.º de los 5 puntos en el aire que separan los 3 piquillos del centro de los 2 últimos piquillos; esto forma una especie de hoja compuesta de 4 piquillos.—Se vuelve á empezar 10 veces desde *, yendo siempre de izquierda á derecha, y pasando cada vez un piquillo de la vuelta anterior. En la undécima repeticion, despues de los 3 piquillos, en vez de hacer 10 puntos en el aire, se hacen solo 2, que se ligan, por medio de un punto-cadeneta, á la mitad de hoja colocada al principio de esta vuelta, y se completa esta mitad haciendo otros dos piquillos, que se ligan con el piquillo por el que comienza la primera hoja. Se corta el algodon despues de haberlo asegurado sólidamente.

6.ª *vuelta*.—Se hace, como de costumbre, de derecha á izquierda; se ata el algodon á uno de los puntos en el aire que siguen á los 3 piquillos y sobre este punto se hace un punto-cadeneta;—* 1 punto en el aire,—5 piquillos (cada uno de estos se compone de 5 puntos en el aire),—2 en el aire,—1 punto-ca-



CORBATA.

© Biblioteca Nacional de España

deneta en el punto que precede á los 5 piquillos, de modo que estos formen una hoja encima de la de la vuelta anterior,—1 punto-cadeneta en el mas próximo en el aire de la vuelta anterior, que se halla junto á la hoja,—2 puntos en el aire,—3 piquillos, —2 puntos en el aire,—1 punto-cadeneta en el del aire que precede á la hoja mas próxima. Vuélvase á empezar desde * hasta el fin de la vuelta. La estrella está terminada.

ESTRELLA PEQUEÑA.—Se hace una cadeneta de 10 puntos, se reune el último al primero.

1.ª *vuelta*.—* 3 bridas,—1 piquillo,—2 bridas. —Vuélvase á empezar tres veces desde *. Se liga la última brida con la primera.

2.ª *vuelta*.—* Un punto en el aire,—2 piquillos, —3 puntos en el aire,—2 piquillos,—1 punto en el aire,—1 sencillo en la brida del medio de las 5 colocadas entre dos piquillos.—Vuélvase á empezar 3 veces desde *. Se cosen unas á otras las estrellas grandes y pequeñas, consultando la disposicion indicada en nuestro dibujo.

Cestillo para papeles.

MATERIALES. —Canevas n. 24 ó 25; lana céfiro negra; lana grosella ó violeta ó azul; seda blanca.

Este cestillo se cuelga de la pared encima de un buró, y sirve para contener las cartas y los papeles. Se compone de dos partes hechas por separado. El fondo de nuestro modelo se hace de lana color verde inglés; las hojas son blancas de seda, con venas y contornos de lana negra. Esta tapicería seria muy linda ejecutada en género camafeo, con tres puntos del color sépia; el mas claro y el mas oscuro se emplearian para las hojas,—el medio para el fondo.

El lado de detrás, despues de bordado, se extiende sobre un pedazo de carton; el de delante se forra de seda igual al fondo; se unen ámbos consultando el dibujo que representa el cestillo terminado; se orla este con un galon negro de lana, que forma un asa en la punta de arriba para colgar á aquel en la pared. Se puede guarnecer el borde inferior con un flequillo del color del fondo.

Bolsillo de juego.

MATERIALES. — Dos ó tres madejas de torzal de seda azul aciano; una madeja de la misma seda negra; dos madejas de la misma seda blanca, una boquilla de metal plateado.

Este bolsillo se compone de dos partes iguales, redondas, hechas en espiral, comenzando por el centro. —La labor es toda de puntos sencillos, y se pica siempre el crochet en el lado de detrás de cada punto de la vuelta anterior.

Se principia con la seda azul,— se hace una cadeneta de 4 ó 5 puntos, se reune el último con el primero, de modo que formen un circulito que se rodea con dos vueltas creciendo aquí y allá; la segunda de estas se compone de 14 puntos. En la que sigue se hacen alternativamente un punto con la seda negra, y en el siguiente, 2 puntos con la seda azul; los 7 puntos negros de esta vuelta principian las 7 puntas de la estrella. En la vuelta siguiente se hacen: * un punto negro en el punto negro,— 1 negro y 1 azul en el primero azul,—1 azul en el segundo azul. Vuélvase á empezar 6 veces desde *. Se ha crecido, por tanto, en cada punta de la estrella, 7 en todo; se repite este crecido en las 5 vueltas siguientes, de modo que en el primero de los puntos azules que separan las puntas negras se hace siempre un punto azul y uno negro, y así en la 7.ª vuelta de la estrella se hacen alternativamente 7 puntos negros y 2 azules.

Las puntas de la estrella han llegado á su mayor anchura; se comienza á menguar en la misma proporcion con que se ha crecido.

En la 8.ª vuelta se hace: * un punto azul en el 7.º de los negros de la vuelta anterior,—1 negro en cada uno de los 6 negros siguientes y en el último de estos, además del punto negro otro azul; uno azul en cada uno de los 2 azules siguientes. Vuélvase á empeaar 6 veces desde *.

Esta vuelta se compone de 6 puntos negros alternando con 4 azules; se continúa siempre el crecido, y en cada vuelta se hace un punto negro menos, y 2 azules mas. Cuando la punta negra tiene solo 2 puntos, y el fondo azul que las separa se compone de 12, la estrella está terminada.

Las dos vueltas siguientes son de seda azul, y se crecen 14 puntos en cada una; la última se compone de 126 puntos.

Aquí principia la greca, para la cual se toma la seda blanca. En la primera vuelta se hacen alternativamente 7 puntos blancos y 1 azul; despues del 3.º y despues del 7.º puntos blancos se crece uno; es decir, que el 3.º y el 4.º blancos se hacen en un solo punto de la vuelta anterior; lo mismo sucede para el 7.º blanco y el azul aislado. Esta vuelta se compone de 21 puntos azules, y entre cada uno de ellos hay 7 blancos. No se crece ya en las demás vueltas de la orla, y el dibujo indica á esta muy claramente para que haya necesidad de explicar punto por punto.

Despues de la 7.ª vuelta (última de la greca) que es igual á la primera, se hace una con seda azul, creciendo en varios sitios para mantener la orla bien plana.

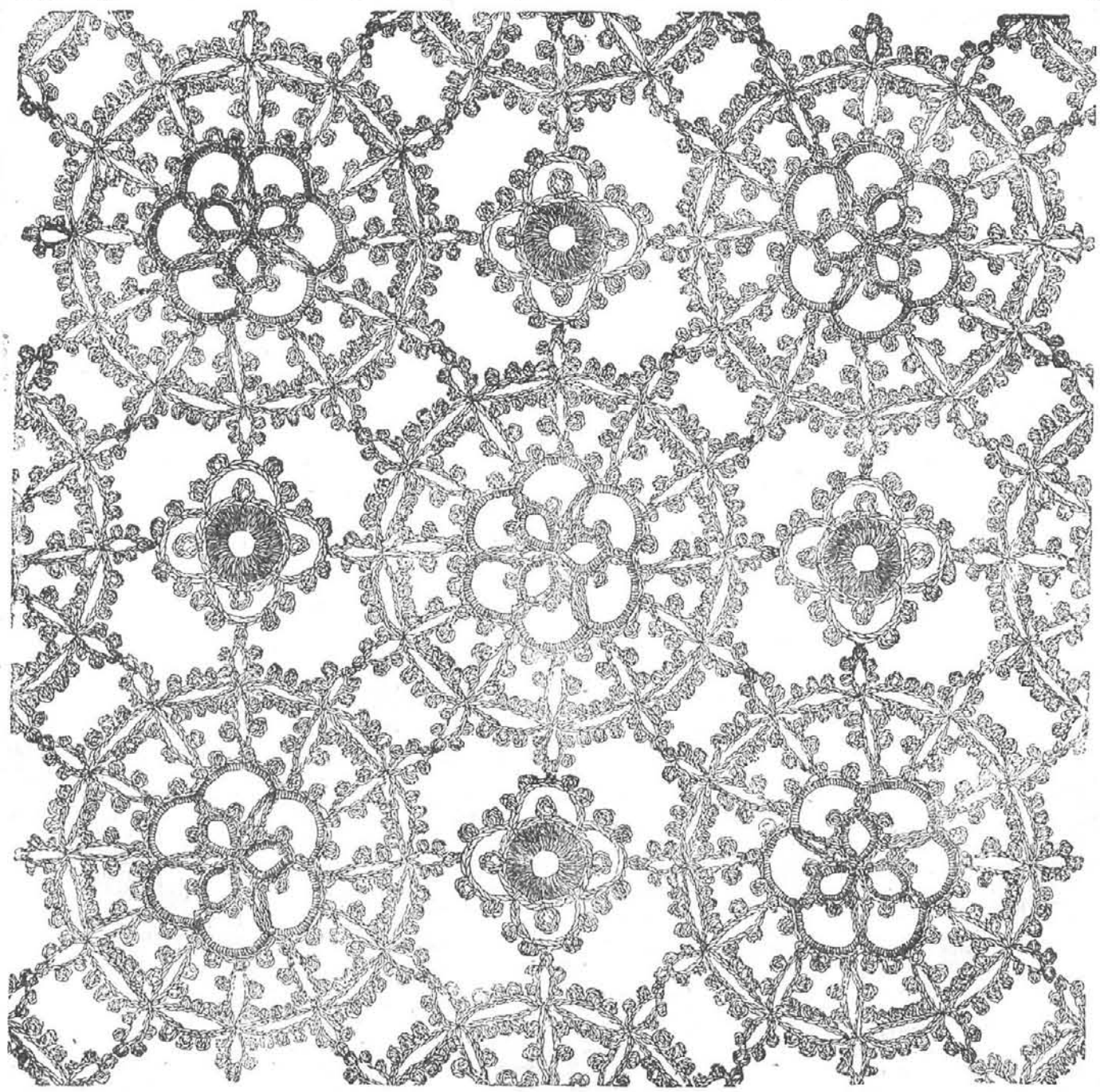
El otro lado ó cara del bolsillo es completamente igual á la explicada; pero despues de la última vuelta no se corta la hebra, y se hacen en ámbas caras para reunirlas, puntos sencillos, dejando 45, de modo que quede una abertura de 90 puntos; en cada uno de los bordes que han quedado libres, se hacen 3 vueltas de bridas caladas, alternativamente una brida,—un punto en el aire, por bajo del cual se pasa un punto de la vuelta anterior; así sucesivamente de ida y vuelta.

En el lado del bolsillo que se ha cerrado con puntos sencillos, se hacen con seda blanca las vueltas siguientes;

1.ª *vuelta*.—* 4 bridas,—4 puntos en el aire, por bajo de los cuales se pasan siempre 3 de la vuelta anterior. Vuélvase á empezar desde * hasta el fin de la vuelta; despues se vuelve la labor para ejecutar la:

2.ª *vuelta*.—Se hace siempre un punto sencillo entre le 2.ª y la 3.ª de las 4 bridas, y en cada uno de los festones compuestos de 4 puntos en el aire se coloca á caballo una media brida,—5 bridas,—una media brida.

Se vuelve á tomar la seda azul, y se rodea todo el bolsillo con una vuelta de puntos sencillos; despues de concluido, se le cose á la boquilla de metal.



VELO DE BUTACA.—ESTRELLAS AL CROCHET.

DOS DE NOVIEMBRE.

Tomo la pluma lleno de una extraña curiosidad: quisiera saber qué hay en el fondo de mi tintero.

Lo tengo delante y me asomo á él como pudiera hacerlo á la boca de un pozo. Todo lo que distingo es oscuro.

Apenas tiene mi tintero dos pulgadas de profundidad y me parece que estoy asomado á la boca de un abismo.

Es singular. ¡Qué cosas se ven donde no hay nada que ver!

¿De dónde sale esa multitud de figuras, de colores, de dibujos que se ven siempre que cerramos los ojos?

¿Cómo vemos todas esas cosas invisibles?

¿Qué especie de mundo es ese que solo se revela á nuestros ojos cuando los cerramos?

La curiosidad tiene su luz y sus colores, como el silencio tiene sus ruidos y sus armonías.

¡Qué cosas se oyen durante el silencio de una noche muda! ¡qué cosas se ven en la inmensidad de una noche oscura!

El hombre explica todos los fenómenos de la naturaleza; se dá razon de las nubes, de las montañas, del cielo y de la tierra.

Ha sorprendido el camino de las estrellas, y sabe con prodigiosa exactitud á dónde van, de dónde vienen, cuándo se acercan y cuándo se alejan.

El mundo exterior se abre á sus ojos como un libro que se sabe de memoria; pero cierra los ojos y se tapa los oidos y todo le es desco-

© Biblioteca Nacional de España

nocido.—Dentro de sí mismo no sabe lo que hay.

No puede explicar lo que ve cuando cierra los ojos, y le ha llamado oscuridad; no puede repetir lo que oye cuando se tapa los oidos, y le ha llamado silencio.

La razon humana resuelve muchas veces las cuestiones mas arduas con una palabra: con un nombre suele salir de sus mas terribles apuros.

La nada, la oscuridad, el silencio, el tiempo, la eternidad y lo infinito, son otros tantos centinelas que les están gritando siempre: atrás.

La inteligencia es una luz que se apaga al llegar á estos límites, como una antorcha que se sumerge en el agua.

Extraña prision: la nada nos cierra el paso, la oscuridad nos oprime, el silencio nos aturde, el tiempo nos empuja, la eternidad nos sostiene y lo infinito nos abruma.

Todo esto encuentro yo en el fondo de mi tintero: la tinta cae sobre el papel cocomo un velo de luto: las letras se combinan misteriosamente y me gritan con una voz que solo entra por los ojos.

«Hoy es el dia consagrado á los difuntos.»

Hoy, como debiera decirse entre la gente de buen tono, es el dia en que los muertos reciben.

La Iglesia viste de negro, las campanas doblan y los cementerios se abren.

Hoy es el dia de las ofrendas fúnebres.

Extraño contraste: hay una flor que nunca muere, y ella es la que se coloca en el último asilo del hombre.

Un ramo de *siemprevivas* adornando la losa de un sepulcro, parece que quiere decir: la muerte es inmortal.

Delante de una sepultura necesita el cadáver despojarse de todos los atavíos de la vida.

Así como al entrar en una casa fastuosa dejamos á la puerta la capa, el paraguas y los chanclos, de la misma manera dejamos á la puerta del sepulcro el nombre, los títulos y los honores con que hemos hecho el viaje de la vida.

Es todo lo que puede hacer la vanidad humana.

Las puertas de la eternidad son demasiado estrechas para que pueda pasar el orgullo de los hombres, y la vida al escaparse cuelga delante del sepulcro los harapos de nuestra soberbia.

Apenas hay un nicho que no publique en letras de oro esculpidas en un pedazo de mármol: Aquí yace el Excmo. Sr. D. N., Marqués, Conde ó Duque, condecorado con varias cruces, orador elocuente, general invencible, ó ilustre publicista.

En los cementerios de Madrid, rara es la losa que no representa un catálogo de títulos, honores y distinciones: parece que solo mueren los grandes hombres, las grandes dignidades y las grandes virtudes.

Los cementerios son aquí una especie de libros en los que cada hombre tiene una página donde estampar el oropel de sus vanidades.

Tambien en los cementerios hay para la podredumbre mantos de púrpura, honores y grandeza.

La muerte que hace iguales á todos los hombres, no ha podido echar su nivel sobre las sepulturas.

La ciudad de los muertos no se diferencia mucho de la ciudad de los vivos.

Dentro del recinto de un cementerio los despojos mortales se disputan como los hombres de la ciudad el terreno, los mármoles y el oro.

Nadie se atreverá á decir que un muerto vive, y sin embargo paga un muerto el alquiler de su sepulcro como un vivo el de su casa.

Cada vecino lo mismo en la ciudad que en el cementerio *vive* con arreglo á su fortuna.

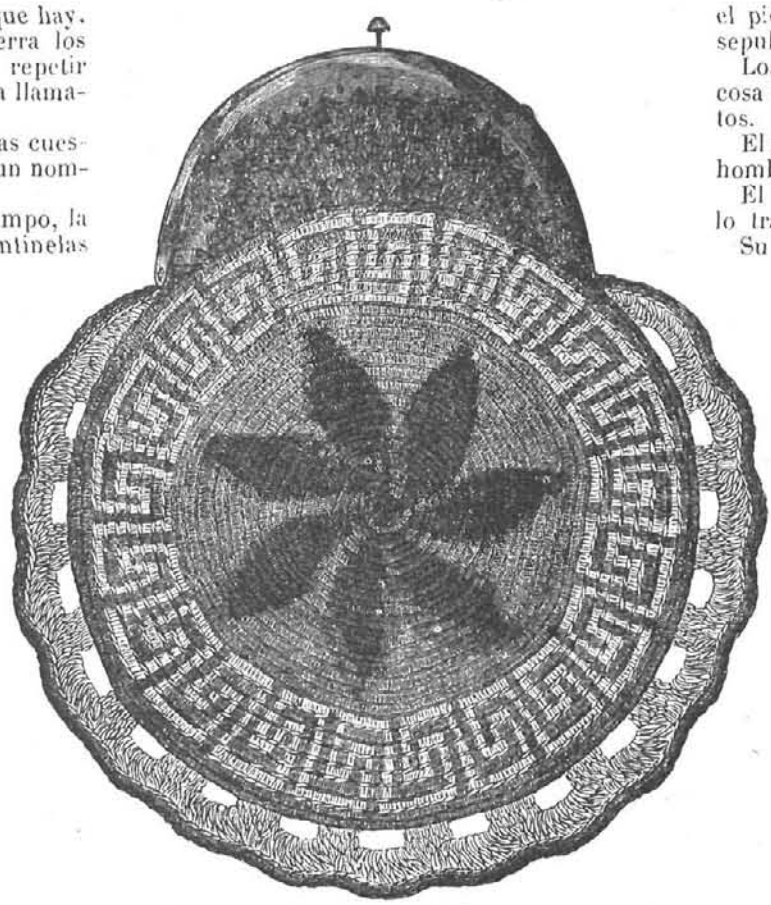
Es inútil morirse para huir de ese enemigo del hogar doméstico, que se llama casero, porque un cadáver es tambien un inquilino y morirse no es mas que cambiar de casa.

Registrando bien, lo mismo se encuentran corazones podridos en los cementerios que en las ciudades.

No hay necesidad de ir á recorrer las solitarias calles de los cementerios para encontrar sepulcros. Todo hombre es la sepultura de un niño, todo anciano la sepultura de un jóven.—En la frente de cada uno de ellos pueden leerse estos epitafios: Aquí descansa la inocencia. Aquí yace la juventud.

Mirad esas mujeres que han sido hermosas, que todavia se presentan coronadas de flores como las sepulturas en el dia de los difuntos: ellas no son mas que sepulcros blanqueados; en ellos está enterrada la hermosura.

Un pretendiente es el cadáver de un empleado.



BOLSILLO DE JUEGO.

Las antesalas de las secretarías son cementerios donde los cesantes esperan la resurreccion de sus carnes.

Un cambio de ministerio es casi siempre un dia de difuntos.

Ese ancho cauce que pasa por Madrid escondiéndose de la poblacion, ¿qué es mas que la sepultura donde están enterradas las aguas del Manzanares?

Por cualquier parte que se mire se ve escrito sobre la arena: Aquí yace el rio.

¿Qué mesa de café no habrá servido de losa funeraria á la honra de alguna mujer?

Los recuerdos, esas misteriosas palpitaciones de la memoria, no son mas que epitafios que vienen á decirnos: aquí tienes enterrada una alegria, aquí yacen los despojos de una esperanza, aquí hay sepultado un desengaño, aquí esperan la resurreccion los restos de una venganza, aquí descansa un deseo malogrado, aquí duerme para siempre el cadáver de una ocasion perdida.

El cuerpo, este edificio en que nos vemos prisioneros, no es otra cosa que un miserable nicho en el cual está el alma sepultada.

¿Qué es el diccionario de la lengua mas que un cementerio, de palabras, cuerpos sin alma que están allí colocados en órden con sus respectivos epitafios esperando resucitar al soplo animador de un pensamiento?

¿El que sabe griego, qué es mas que el sepulcro de una lengua muerta?

Toda la tierra es un vasto cementerio.

Al cabo de seis mil años seria imposible poner el pié sobre un lugar que no hubiera sido ya una sepultura.

Los cementerios que hoy nos llaman no son otra cosa que colecciones modernas de los últimos muertos.

El último asilo del hombre no vive mas que el hombre mismo.

El tiempo, ese es el gran sepulcro que todo se lo traga.

Su epitafio es invariable, porque el cadáver que encierra es siempre el mismo: la humanidad.

En vano esas lápidas labradas y esos epitafios pomposos quieren perpetuar la memoria de una vida que ha concluido. En vano es escribir un nombre que ha de borrarse con la misma facilidad que borra la muerte la mirada en los ojos de un moribundo.

La humanidad viene á oleadas y al estrellarse contra los mármoles de los sepulcros, deja sobre las losas por todo recuerdo un poco de espuma que hierve un instante y se disipa.

Dios le dijo al Océano de aquí no pasarás y en vano se empina tumultuoso sobre las playas y en vano azota los peñascos que le cierran el paso.

De la misma manera Dios le ha dicho á la soberbia humana, de aquí no pasarás, y en vano confia á la piedra la memoria de su nombre.

El olvido, el negro olvido, ese velo profundo que viene detrás de todas las glorias y de todas las grandezas humanas, cae tambien sobre las sepulturas.

Solo hay una voz que lo rasga, y es el sonido triste de las campanas que doblan en el dia de difuntos.

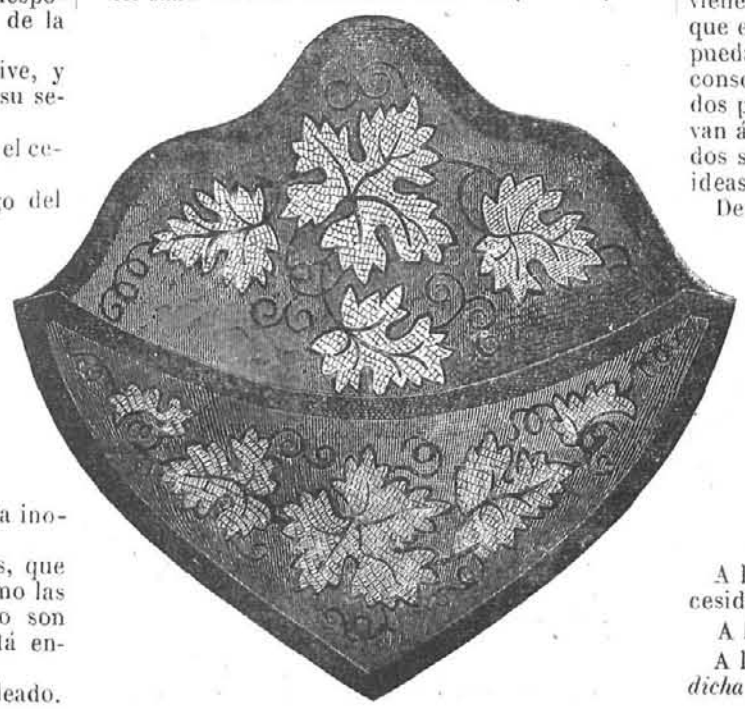
Es la voz de todas las generaciones juntas que vienen á pedirnos un santo recuerdo y una benéfica oracion.

Este es el dia en que la religion nos acerca á las puertas de la eternidad para que llevemos nuestras ofrendas.

Los cementerios están cerca de las ciudades, y sin embargo no hay un vivo que no se crea muy lejos del cementerio.

Hoy hemos ido. ¡Cuándo nos llevarán!

JOSÉ SELGAS.



CESTILLO PARA PAPELES.

¡DICHOSO EL QUE TIENE NOVIA!

A MI AMIGO

DON RICARDO SEPULVEDA.

¿Qué es lo que anuncia este título? ¿Bajo qué faz lo consideraremos? ¿Vamos á desahogar nuestro corazon envidiando á los que paladean las golosinas del amor y á cantar en prosáicas elegías las tristezas de un corazon por alquilar y sin esperanzas de inquilinas, ó vamos á presentar de relieve con esa contemplacion ansiosa que se confunde con la envidia, los cuadros de dicha y de felicidad que presentan al mundo á todas horas esos semi-dioses que pueden decir á boca llena, en pleno dia, y si conviene en plena noche, esa frase beatífica y sintética que encierra en sí realizadas todas las *réveries* que pueda crear la fantasía mas inagotable; esa frase consoladora y satisfactoria, esa frase que consta de dos palabras solamente, esas dos palabras que llevan á nuestros oidos dos sonidos dulcísimos, esos dos sonidos, en fin, que trasmiten al alma estas dos ideas archi-sublimes: *¡tengo novia!*

Decidirémos por esto último: y para ello empezarémos por ver lo que son las novias en relacion con las ideas del interesado.

A los 15 años, la novia es un ensueño que nos interrumpe á veces el sueño de la noche, cuando un hálito suave y desconocido, el hálito del amor, empieza á batir sus alas misteriosas sobre nuestra frente.

A los 20 son una ilusion que se realiza, una verdadera dicha; para ellos se ha escrito en su genuina expresion el título de este artículo: *dichoso el que tiene novia!*

A los 25 ya no son mas que una distraccion.

A los 30 una conveniencia, por no decir una necesidad social.

A los 40 una fruta tardía.

A los 50, la baba del amor, una aberracion, una *dicha* si se quiere, pero con letra bastardilla.

© Biblioteca Nacional de España

A mayor edad, tener novia es ya una planta exótica que, afortunadamente para el sentido comun, se contempla raras veces en los invernáculos de la humanidad.

Con las edades varian los tipos, varian los caractéres. El número de estos es infinito, se prestaria á una clasificacion tan vasta como las de la historia natural... Tratemos de presentar algunos rasgos de las infinitas especies de este género.

Hay pollos que llegan á la mayor edad, ó que acaban la carrera, ó que heredan una fortuna pingüe, y que entonces para completar su personalidad se buscan una novia para hacerla pronto su mujer, lo mismo que se buscaron á su vez una levita cuando hicieron su entrada en la sociedad.

Estos hombres formales, estos novios de buena fe, buscan, quieren y encuentran á la novia con la cabeza, porque nunca han podido sospechar que fuese este asunto de corazon; son uno de los tipos mas excelentes aunque menos abundantes de la raza; y nos atrevemos á recomendarlos á la benevolencia de las mamás, pues su negacion como novios los coloca tarde en la categoría de *maridos-ceros*, que marchando á la derecha de la *unidad* mujer, aumentan su valor maravillosamente.

Hay muchachos honrados, muchachos sencillotes, de buen corazon, pero de cortos alcances y de dineros cortos, que se enamoran de veras, y estos piden las novias á sus padres *para mas adelante*, y pertenecen á la clase que nosotros llamaríamos de *novios in partibus*. Son muy engorrosos, son mariposas que tardan mucho en trasformarse y en quemarse en la llama del matrimonio; consumen á la novia en un purgatorio de esperanzas hasta que logran tener *con qué* casarse, lo que muchas veces significa tener lo bastante para morirse de hambre ellos, su mujer y sus futuros hijos. Compadezcamos á las escogidas de los novios *in partibus*, pues de seguro algunas de ellas, contra todas reglas, tras el purgatorio en el noviaje, hallarán, no la gloria, sino el infierno en el matrimonio.

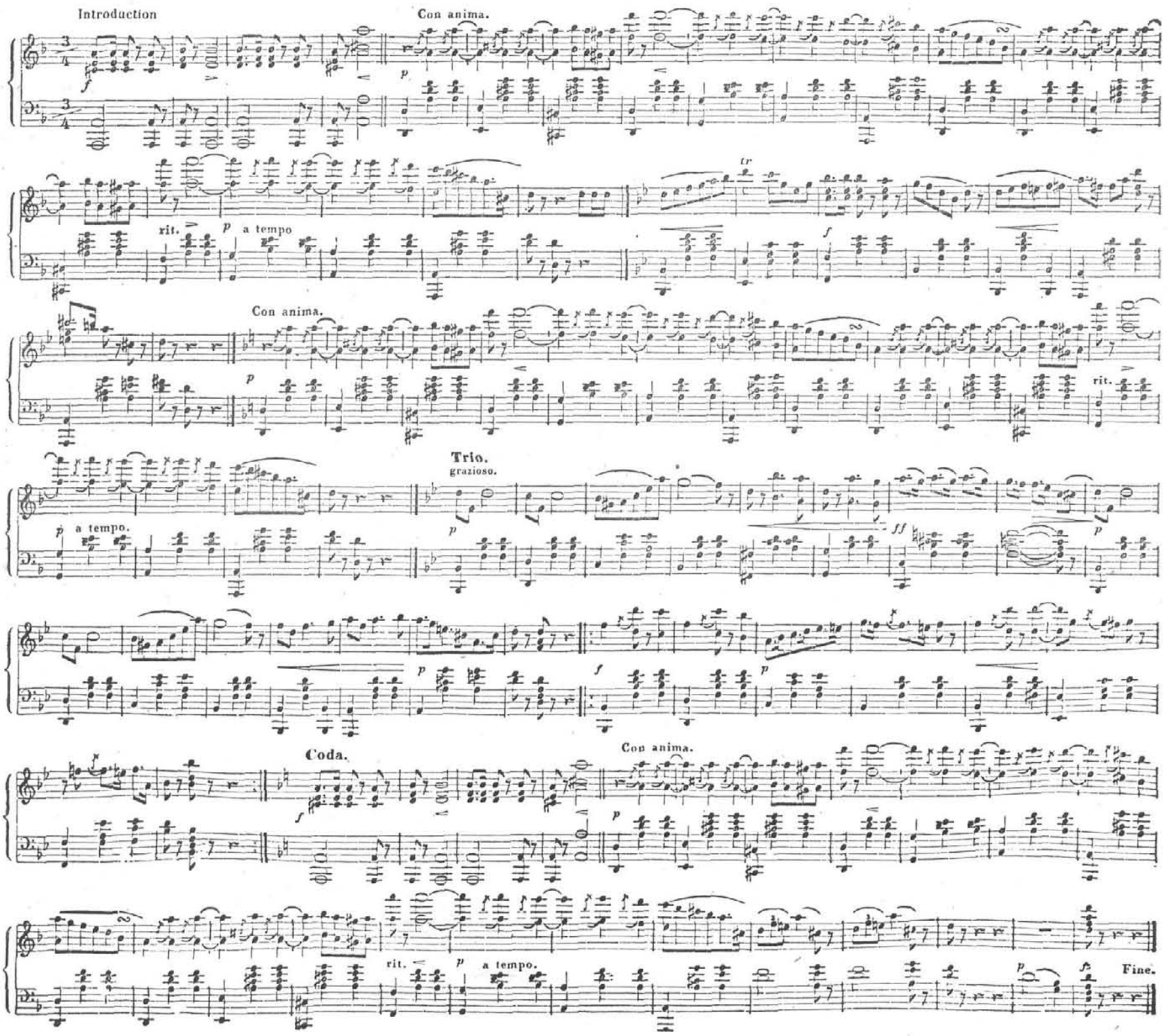
A estos novios los vereis un año, y otro, y otro... en los paseos, en las calles, en los espectáculos de segundo ó tercer órden, siempre media legua delante de los papás ó de los tios, mirando ella la representacion en los ojos de él, si están en el teatro, ó tomando por cada arroba de miradas y de suspiros una cucharadita de sorbete, si está en el café, aunque fuese ella capaz de tragarse á solas en dos minutos, la botillería con todos sus accesorios. En fin, solo os añadiré que estas parejas me recuerdan involuntariamente aquella conocida sentencia: «*Quos Deus vulto perdere... prius dementat.*»

Existe tambien el *novio tonto*, y esta es fruta abundante en todos los paises; el novio tonto presume de buen mozo, estropea el francés, monta á caballo, frecuenta el tiro de pistola, y á la primera mujer

POLKA-MAZURKA.

Se prohibe la reproduccion.

MÚSICA DE MR. CHARLES NEWE.



© Biblioteca Nacional de España

que mira, seguro ya del éxito de su belleza, la llama *su novia* á boca llena, la hace señas á la segunda vez de verla, se enamora antes de haberla visto, y si su estupidez arranca una risa á la graciosa belleza, la interpreta al punto como el delicioso *sí* que la constituye en una víctima nueva inmolada en aras de sus irresistibles atractivos.

Al *novio plural*, que tiene muchos puntos de contacto con el anterior, lo vereis á un mismo tiempo en cincuenta partes distintas, saluda á una, sonríe á otra, tose á esta y escupe á aquella... es un pequeño Maquiavello, y prosigue su triunfal carrera de jugar á la novia, hasta que topa con una que es hermana de algun militar ó sobrina de algun abogado, y entonces, mitad por temor, mitad por remordimientos, al fin el odio á los leñazos, lo convierte en *leño* para el matrimonio, aunque algo humedecido y chisporroteante.

encuentra un castigo suficiente para semejantes monstruos. A cuántas infelices habeis desviado de los caminos de la honradez y de la virtud para hundirlas en los informes senticares del vicio y de la prostitucion!..

Pero dejemos esto que es demasiado trágico, y pasemos á un tipo cómico, *novio externo* ó al *falso novio*. Este, si le escuchais, ha tenido desafíos á millares, ha matado mas gente que el cólera, ha perdido de amor á centenares de distinguidas jóvenes, á quienes designa con sus nombres y apellidos, y tiene su escritorio atestado de retratos, cabellos, cintas, pañuelos, cartas y carteles, que os enseñará á la fuerza, que os meterá por los ojos aunque no le desmintais, aunque le afirmeis que basta su palabra para que creais como verdades de fe todas sus narraciones.—Este tipo es muy divertido cuando no se toma por lo serio, y si pudiéramos, lo sacaríamos á pública licitacion como el mejor antídoto contra el *spleen*.

Hay tambien el *novio bobalicon*, ese ente con tanto chiste presentado por los caricaturistas franceses, que cuando novio es plato de segunda mesa y cuando marido de tercera, que mira adelante cuando su mujer se vuelve para mirar atrás... que es amigo de los amigos de su mujer, tipo inocente; tipo trasnochado, anacronismo en un siglo en que el amor dispone de telégrafos y de ferro-carriles, tipo en fin, que debió florecer tan solamente en aquella edad de color de rosa de los primeros poetas de la Grecia.

Otro sí: hay el *espanta-novios*, tipo odioso, traidor de drama, que es á los novios lo que las zorras á las gallinas, que á falta de virtudes propias va sacando al sol las debilidades agenas, que se complace en sembrar discordias, y en nublar los celajes del amor, síntesis de la inoportunidad y de la malicia... mas á esta clase debemos cerrarle la puerta de nuestro gabinete.

Hay además... ¿pero dónde iríamos á parar si hiciésemos pasar ante los cristales de nuestro observatorio á tanto enjambre de novios de tantas y tan diversas cataduras como liban y zumban en la inmensa colmena de la creacion?

Pasad, pasad, seres envidiables, seres privilegiados, que teneis la dicha de haber encontrado vuestra media naranja... ¡Bienaventurados del amor, yo os saludo!...

Y vosotros, hombres tímidos y sensibles, pobres de espíritu y de corazon, que creeis en el amor tal como lo definen los poetas y los diccionarios; que teneis la desgracia de enamoraros de una mujer

EXPLICACION DEL GRABADO DE MODAS.

TRAGE DE TAFETAN AZUL. Lo bajo de la enagua vá guarnecido con un volante encañonado de 10 centímetros de ancho, sobre el cual corre una cinta de terciopelo negro de 3 centímetros y medio de ancho; de esta cinta salen unas presillas, tambien de terciopelo negro, que se cosen en los huecos de los cañones, mientras que por el lado opuesto á ellas se hallan bucles de la misma cinta. Corpiño y mangas con igual guarnicion.

TRAGE DE ALPACA GRIS. La guarnicion se compone de una tira de la misma tela que el trage, la cual tenga 12 centímetros de ancho, adornada por arriba y por abajo por una cinta estrecha de terciopelo negro; el dobladillo superior forma una cabeza; la tira está dispuesta en pliegues, que en número de 4 alternan con un espacio algo menor que el que ocupan los pliegues; cinco cintas de terciopelo negro, mas y menos largas, van colocadas en los huecos de los pliegues; la mas larga de ellas sube 12 centímetros sobre la tira de arriba. Corpiño liso, con alamares de terciopelo negro; mangas semi-estrecha, y jockey.

Pero el *novio temible* el *novio tigris*, el novio que señalamos á toda la intolerancia paternal, pues aquí no basta la maternal, es el novio seductor, variedad que por desgracia se encuentra en todas las clases de la sociedad. Este, como algunos reptiles venenosos, lame para envenenar, su contacto emponzoña, su hipocresía subleva, habla de sentimientos cuando solo busca la sensacion, habla de alma cuando no tiene mas que cuerpo...—y sus palabras de amor y sus preliminares de ternura son como los círculos que describe el sangriento milano, antes de arrojarse sobre su tímida é indefensa presa. Por honor á la juventud, quisiéramos borrar las antecedentes líneas... Pero no, sean ellas al menos la denuncia de esos hombres, ya que en las costumbres de la sociedad y en los códigos penales no se

en toda vuestra vida, y de que ella se ria de vuestra candidez; vosotros á quienes tiemblan los labios cuando van á expresar lo mas recóndito de vuestra alma; que teneis la fatalidad de amar para vosotros mismos, en el santuario de vuestro corazon, y la preocupacion de ocultarlo al mundo para no servir de pasto á su insaciable algarabía; vosotros que bajais los ojos y que murmurais con amargura: *¡no tengo novia!* ocultad vuestra presencia y vuestras pequeñeces tras los bastidores, porque teneis prohibida la entrada en el escenario de la comedia social...

Para vosotros, á cuyo número pertenezco, no se han trazado estas pobres pinceladas; acompañadme, pues, en mi peregrinacion por las tinieblas, contemplad desde allí la luz y la magnificencia...

© Biblioteca Nacional de España

admirad á esos corifeos del amor, y postrados de hinojos ante ellos, gritad con toda la fuerza de vuestra envidia y de vuestros pulmones: «*Dichoso el que tiene novia!*»

R. MOLY DE BAÑOS.

EL DIA DE DIFUNTOS.

Tenia yo quince años y acababa de perder á mi madre. Pusiéronme en los hombros la capa negra, y como era el primero por el dolor, aunque por los años era el último, yo guiaba el duelo y cruzábamos las calles de la capital por en medio de la multitud de los transeuntes.

En la adolescencia presidia esta pompa de la humanidad. Una majestad desconocida se revelaba á mi infundiéndome respeto. Lenta y silenciosa la comitiva proseguia su marha. Habriase dicho que un soplo celeste bajaba sobre nosotros semejante á la brisa que riza la superficie de los lagos, y que hace se dobleguen á la vez la tierna espiga sobre su tallo y el ramaje de la soberbia encina. Todos se inclinaban: hombres y mujeres, jóvenes y viejos, los mas indiferentes, los mas preocupados, los que mas prisa llevaban, todos se detenian un instante pensativos. Cada hombre descubria su frente, cada mujer se santiguaba.

En mi la inexperiencia aumentaba la sensibilidad. Aquel simple deber cumplido por todos, aquel homenaje que rendian, me enternecian profundamente, y gustoso habria devuelto aquellos saludos anónimos y vagos, como la muchedumbre, y que sin embargo agradecia en el alma. A cada una de aquellas personas la habria dicho, si hubiese tenido atrevimiento para hacerlo:

¡Con que la habeis conocido!

No: ninguno de aquellos transeuntes conocia á mi madre, pero todos conocian á la muerte, nuestra madre comun, pues el ojo miope de nuestros egoismos no vé mas que la muerte que se desata; en tanto que toda muerte en el seno de la inmortal naturateza liga y engendra.

Mirad ese anciano que en la calle se aparta y saluda la fúnebre procesion; es de esta epoca. Los sesenta y tres años de este siglo han encanecido su cabello; para él el amor y sus hechizos han pasado, huyendo con un sonido alegre en la voz y la frente cubierta de flores, y él con los ojos fijos en la direccion del surco, contempla con emocion el sitio por donde ha desaparecido la barca.

Ha sido hombre político: ¡otras cenizas! ¡Cuántas cosas no ha visto!

Para él hasta la moral se ha oscurecido. Lo justo y lo injusto, el mal y el bien, el hilo negro y el hilo blanco, han venido á ser el hilo gris que flota en el crepúsculo del cuento árabe. ¡La religion! último enigma. Así, ese hombre no tiene ya fe, duda de todo: y sin embargo cree en la muerte y la saluda.

Es que nuestro corazon se parece á un circulo donde la extrema negacion nos vuelve á la creencia. ¿Cómo no creer en la muerte? ¡Término sombrío! el ojo de los vivos no conoce avenida que ella no termine. Toda perspectiva se compone de dos líneas que al fin se confunden en un punto, y este punto es ella. El que no la huye se encamina apaciblemente y llega á encontrarla; el que la huye se agita y se precipita hácia ella. La muerte reina sobre su trono; los unos la hacen la córte y la echan incienso; los otros, en el odio que les inspira, la denigran. Reina de verdad, puesto que la temen.

Los galos adoraban á la Muerte y la buscaban en los combates con un supremo orgullo. Dícese que sus sabios estaban convencidos de que el hombre entero no perece, y que la virtud es el muérdago siempre verde.

Los paganos de la antigüedad la temian, se ocultaban de ella y la velaban.

La Muerte en la edad media vuelve á recobrar su imperio. El cristianismo la ha divinizado. Reina á la vez de los cielos, del infierno y de las calles. No se viste con la toga, sino que lleva un traje romántico. Es la que todo el mundo conoce y reconoce.

Los germanos, así como los galos, devolvian los muertos á la tierra, y los sepultaban en los campos á la orilla de los caminos: la antigüedad los quemaba.

Un poco de ceniza en una urna elegante, hé ahí lo que los antiguos conservaban de los seres queridos. La realidad, mas fiel, habria mancillado á sus ojos la piedad del recuerdo. En su noble casa el descendiente de los Lépidos y de los Escipiones tenia su cuarto de los antepasados, donde unas caretas de cera visibles en todo tiempo detrás del vidrio, le mostraban con el prestigio del arte y de la vida la série de sus abuelos. En las fiestas larvales ó en algun aniversario histórico ponian á cada una de estas caras de cera una peluca, y segun la categoria, la bandeleta pontifical, ó el laurel militar. Los comparsas ó los descendientes se aplicaban estas caretas, y revestidos con el traje correspondiente completaban la representacion. Luego el cortejo que se formaba en el atrio del patricio se dirijia hácia el Foro.

La Muerte en la edad media se enseñoreaba por todas partes. Así como la cruz, instrumento del último suplicio para los ladrones, habia venido á ser adorno y joya, así tambien la calavera, delicadamente cincelada en el marfil, la plata ó el oro esmaltado, terminaba el rico rosario de jóyeria que la jóven señorita llevaba pendiente de la cintura. La Muerte se esculpia en el pórtico y se pintaba en las vidrieras de las iglesias. Montada en el gran caballo blanco del Apocalipsis con los muslos desnudos y secos como los de las momias, lanzada al galope, con su escaso pelo movido por el viento, se reia con sus mandíbulas sin dientes llevando un ataud bajo su brazo.

La muerte no estaba desterrada ni rechazada de las ciudades; habria sido un divorcio. El cementero y la casa cohabitaban á la sombra de la parroquia. En el momento en que Luis, duque de Orleans, fué asesinado cerca de Barbette (por Juan sin Miedo), su primo Juan, Duque de Berry, muy aficionado á artes, joyas y edificios, mandó hacer en el osario de los Inocentes de Paris una hermosa obra. Era la leyenda de los *Tres Muertos y los tres Vivos*, en escultura. Tres nobles jóvenes y alegres parten á caballo con el halcon para cazar á vuelo, y encuentran tres muertos repugnantes que se colocan á su frente. Viene un ermitaño, y en un docto sermon explica á los tres primeros la nada de la existencia.

Pero el gran cuadro popular de la Muerte en la edad media se llamaba la *Danza Macabre*. Hans Holbern, con la gracia preciosa y contenida de su pincel, la pintó á su modo en Basilea. El cementerio de los Inocentes de Paris poseia otra mas antigua, anónima y no menos célebre. Era una danza en efecto, una danza loca en la que salian á bailar siempre y alternando un caballero y una señora. La señora guiaba el baile, y todos tomaban parte en él, grandes y pequeños.

Esta señora era la Muerte. La gerarquía y el órden se observaban escrupulosamente. El papa primero, luego el emperador, los reyes, los prelados, patriarcas, cardenales, priores, frailes; luego el alcalde, el gendarme, el médico, el juez, el abogado, el procurador y el comerciante; despues el humilde labrador. La banda de los vivos, en todo el mundo, desfilaba incesantemente ante este panorama, ante este espejo. La malicia del cuadro pintado consolaba á los actores de la escena animada. Era como un bosquejo humano y anticipado del Juicio final; era la justicia mezclada de ironía.

La Iglesia, con la majestad de la religion, consagró esta enseñanza. Al otro dia de las danzas y de las locuras del carnaval convocó en su recinto á los fieles. Cada uno de ellos, chicos y grandes, recibió en cruz sobre la frente la uncion de la ceniza y le dijo: *Acuérdate de que eres polvo y que en polvo te convertirás.*

¡El polvo! Emblema sencillo y profundo; el mas terrible, el mas poético y el mas vulgar. Resto de todo, impalpable, que nos persigue invisible, y que olvidamos á menos que de repente sus átomos aparezcan á nuestros ojos danzando irónicamente en un rayo de sol.

La iglesia cristiana, al consagrar á su vez la fiesta de los Difuntos, la marcó con su austera poesía. A veces el otoño tiene sus *veranillos de san Martin*, y como ciertas mujeres, el año roba entonces algunos retoños de belleza. En octubre el sol se pone aun espléndidamente. Su disco de oro deslumbra en su púrpura resplandeciente; pero muy luego sus fuegos se apagan en el horizonte, la púrpura se desvanece y muere. Sigue noviembre con su nombre sombrío. No estamos en invierno aun, pero nos acercamos; la luz es triste y dura poco; cubiertas de niebla caen las últimas hojas. Todo en la naturaleza acaba y murmura: Adios.—El hombre siente frio en la frente, es el frio de la melancolía; se vuelve, medita y recuerda. Al principio de noviembre la Iglesia ha colocado la fiesta de Todos Santos, y al otro dia de Todos Santos la fiesta de todos los Difuntos.

¿Quién de nosotros no tiene el suyo? ó mejor dicho, ¿quién no tiene los suyos? ¿Quién de nosotros ha llegado á la edad adulta y forma hoy el tronco de su familia sin haber visto deshojarse, sin haber visto desprenderse, como de sus flancos, algunos tallos ó algunas ramas? Al Norte, al Sur, al Oeste y al Este de la capital se extienden campos de reposo. ¿Quién de nosotros en su corazon no oye partir de ahí una voz ó unas voces amigas que suavemente le recuerdan sus nombres y le reclaman una visita piadosa.

Así la religion de la muerte es la que menos nos divide; fraternicemos pues en ese símbolo. ¡Es tan raro y tan bueno hallar en el alma un grito, un sentimiento que vibra al mismo tiempo en todas las almas humanas! Pongámonos la negra vestidura. Por algunas horas al menos demos tregua á nuestros odios, á nuestros cuidados y á nuestras disensiones, á todo lo que nos divide ó nos agita. Todos juntos y cada cual por sí vayamos al lugar de la última cita á pagar un tributo afectuoso á aquellos de quienes ya solo quedan las almas. Los muertos son hermosos: somos mas justos con ellos ahora que han desaparecido; lo queremos con un afecto á la vez mas elevado y entendido. Vamos, y cuando estemos de vuelta con el corazon descargado del peso de una deuda pagada, proseguiremos mas tranquilos nuestra vida ordinaria.

V. V.

UN AÑO DE MATRIMONIO.

POR

EMILIA CARLEN.

(Continuacion.)

—Te animas demasiado.

—Y tú te alarmas aun; pero es verdad que me animo; ardo, me ahogo. ¿Y sabes porqué Hermann? Porque tu señora tiene un gusto delicado y perfecto, y que su fallo equivale para mí al del público, y que quisiera saber si los elogios que me ha prodigado han sido hijos de su urbanidad, no de un sentimiento mas sincero. ¡Yo enamorado, Hermann! Sí, lo estoy, pero no de una mujer de carne y hueso, esos amores se acabaron para mí, sino de una jóven musa que aun no ha volado de mi corazon, y deseo saber si efectivamente es tan hermosa como yo me la he figurado á veces.

—Lavinia dice que sí.

—¿Te lo ha dicho de veras? ¿Recuerdas sus propias palabras.

—Poco mes ó menos; respondiendo á mi queja de que no tuvieses conmigo tanta confianza como con ella, me decia: «Se comprende, tiene á sus obras el amor ferviente de un amante, y tiembla con la idea de exponerlas á la burla de un amigo; pero bien sabe Dios que su modestia le ciega, pues es de aquellos que están al abrigo de la crítica que nunca llegará á la altura en que se hallan sus obras.»

El conde no respondió; su semblante risueño descansaba sobre su mano, y en aquel momento disfrutaba uno de esos goces pasajeros, pero muy profundos que dan al artista la conviccion de haber sido bien comprendido.

—Por nada en el mundo querria yo ser autor, exclamó el coronel; esa existencia agitada que es vuestro elemento, á mí me mataria. Y desengáñate, tú mismo sufrirás cruelmente si el público no recibe bien tus obras.

—Aun no he pensado en el público, dijo el conde pensativo.

—Entonces, ¿porqué pasas tu vida en escribir lo que nadie conocerá nunca?

—¿Porqué amigo mio? Por crearme un objeto en mi existencia, por dar algun desahogo á mi corazon y á las aspiraciones de mi alma: mi vida, por triste que parezca, ha sido fecunda en alegrías interiores; todo lo tengo escrito: las dudas de mi espíritu, las tristezas de mi corazon están exhaladas por la boca de seres imaginarios, y así se han calmado mis dolores; en fin, las letras han reemplazado ese bien á que todo hombre aspira, menos los que son como yo, un hogar doméstico para descanso, y un corazon amante.

—¿Pero tus obras no te producirán jamás ni gloria ni dinero?...

—Hermann, nadie vende por gloria ni por dinero lo que es su vida; nadie profana su amor; lo que hace es abrigarle en el santuario de su corazon. Yo creo que jamás me separaré de mis libros; pero hénos aquí lejos de nuestro asunto: es hora de ponerme á trabajar y sin duda te está esperando Lavinia.

XVII.

Cuando el coronel y Adriano entraron en el comedor, se miraron con sorpresa al notar que aquella que siempre les precedia para recibirles con toda afabilidad, estaba ausente. Teresa entró á decir que su señora no podia asistir al almuerzo, porque tenia un fuerte dolor de cabeza.

—Supongo que no es cosa séria, dijo el coronel indeciso sobre si debia ó no ir á ver á su esposa.

Sin ambargo, como Teresa añadió que queria descansar, se sentó á la mesa y almorzó, pero todo el tiempo que duró el almuerzo, se vió que se hallaba distraido por el pensamiento de Lavinia.

Pasó el dia en su cuarto, y á la hora de la comida tampoco apareció la jóven.

—Es preciso que vaya á verla, creo que no se puede ofender.

Animado por la conversacion que habia tenido aquella mañana con el conde, subió la escalera y se entró en las habitaciones de su mujer: la puerta del dormitorio estaba cerrada y llamó á ella.

—Disimulad, exclamó Lavinia sin abrir: estoy indispuesta y voy á meterme en la cama.

Habia en su acento una alteracion que chocó al coronel. ¿Porqué no abria? ¿No tenia él derecho de penetrar en el cuarto de su esposa? Se iba á la cama... ¿Cómo no se habia acostado todavía?

El coronel queria entrar y entró.

Lavinia estaba tendida en un sofá: una palidez inusitada cubria sus facciones, pero cuando vió entrar á su marido contra su voluntad se puso encarnada como la grana. En su mirada brillaba el fuego de la ira. Hermann permaneció impasible.

La inquietud me ha obligado á desobedeceros, Lavinia, dijo con una voz que trató de hacer firme para no descubrir demasiado la turbacion de su alma.

—Mi indisposicion es demasiado ligera para inspirar el menor recelo, y no debe ocuparos mas.

Esta vez ni sus palabras ni su tono habian conseguido disimular su descontento; jamás Hermann lo habia advertido como entonces, pero un impulso irresistible le inclinaba á prescindir de todo.

—Aunque por un efecto de mi voluntad hubiese querido obedeceros, no habria podido obligar á mi corazon á esta obediencia, pues cuando os veo enferma ó triste como hoy, deseo aliviaros ó consolaros, y no puedo menos de hacer la prueba.

Habia en estas palabras tal sinceridad, que Lavinia pareció enternecerse y su mirada se aclaró, pero esto duró un instante: un minuto despues estrechaba convulsivamente entre sus dedos un billete que tenia oculto debajo del almohadon del sofá en donde descansaba.

—Mi querida Lavinia, ¿porqué os obstinais siempre en ocultar ó vencer vuestras emociones? ¿Porqué no las confiais á los que desearian aliviar vuestras tristezas? ¿Qué teneis?

—Nada, Hermann.

—Me engañais, Lavinia, esa emocion tiene una causa que adivino y podria decirosla...

—Pues yo no quiero decirla, exclamó la jóven con una presteza inusitada. ¿Qué me importan vuestras suposiciones?

© Biblioteca Nacional de España

—Entonces, á pesar vuestro, lo diré, repuso el coronel picado; habeis recibido una carta de vuestro hermano, en la que os ofrece su proteccion y os aconseja que vivais en su compañía.

Lavinia se levantó, sus labios palidecieron, sus facciones se contrajeron dolorosamente, pero habló con una ironía tal, que su dolor no podia percibirse.

—No sé si debo felicitaros por vuestra perspicacia; pero ya que os place explicar así mi indisposicion, no vacilaré en pediros que hagais apresurar mi marcha.

El coronel retrocedió como si le hubiesen clavado un puñal en el pecho. Su mirada tierna y casi ardorosa tomó una expresion feroz y sombría. Estuvo un rato sin hablar, y cuando al cabo habló, fué casi tranquilamente; habia vencido la terrible palpitacion de su corazon.

—Si mañana á la hora de almorzar no habeis cambiado de propósito, la dijo, á las diez los caballos y el coche estarán dispuestos.

Y salió del aposento de Lavinia.

La jóven volvió á caer sobre el sofá, presa del mayor abatimiento.

Aquella marcha era la señal de una separacion eterna.

—Pues bien, exclamó levantando la cabeza con uno de esos arranques de resolucion tan propios de su carácter, partiré; puesto que ha de ser, no hay que reparar en seis meses mas ó menos.

Para explicar la escena anterior y la situacion en que hemos hallado á Lavinia, tenemos que retroceder algunas horas en nuestro relato.

Durante la conversacion de Adriano y Hermann, Teresa habia introducido á una desconocida en las habitaciones de Lavinia, y era esta la Sra. Elista, á quien hemos visto ya en casa de María Rhenmann.

—Perdonadme, señora, la inexcusable indiscrecion que cometo viniendo á molestaros sin tener la honra de conoceros; pero sabiendo muy bien vuestra bondad por todo lo que en público se dice, apelo á ella para disculpar la audacia de esta visita. Se trata de un servicio que únicamente vos puede hacerme.

—Tantos rodeos son supérfluos, señora, contestó la jóven con esa fria urbanidad, cuyo sentido es bien comprensible para todos; ¿en qué puedo serviros?

—Ya que lo permitis, voy á tener el honor de explicaros mis motivos, y creo que despues excusareis mi visita. Mi hija Sofía, que á Dios gracias ha recibido una excelente educacion (yo siempre he considerado la educacion como una cosa importantísima), mi hija Sofía, digo, tiene amistad con la señorita Karina de Nidersvich, y ha obtenido de ella el privilegio de bordarla su pañuelo de boda. Y no es porque Karina carezca de manos dispuestas á hacerla tal obsequio, sino porque su amistad con mi hija es tan grande, que prefiere lo que ella hace á las labores de las mas diestras bordadoras. Sofía queria sorprender á su amiga regalándola un trabajo sorprendente, y buscamos algunos modelos.

—Para lo cual habeis venido aquí, repuso Lavinia interrumpiéndola, á fin de poner coto á semejante flujo de palabras; muy bien, os prestaré todos mis bordados.

—Oh! mil gracias. Bien adiviné cuando dije á mi Sofía: «Si alguien puede tener bordados incomparables, es sin duda la señora Rosenborg.» Pero al punto nos ocurrió la triste idea de que no teniamos el honor de conoceros: sin embargo, Sofía me dijo: «No creo, mamá, que podamos incomodar á esa señora pidiéndola algunos patrones. No obstante, puedes ir á casa de María de Rhenmann...» ¡Ah! perdonadme que pronuncie aquí semejante nombre, pero repito las palabras de Sofía: sin eso no seria delicado nombrarla en vuestra presencia... ya se vé, no sabe una cómo designar á ciertas personas.

Aunque profundamente herida por tan vulgares alusiones, Lavinia supo conservar toda su presencia de ánimo.

—Esos escrúpulos implican dudas acerca de mis sentimientos, repuso la jóven con cierta altaneria; debeis estar en la persuasion de que la desgracia de esa jóven me interesa y me enternece, y que mis oidos no son bastante hipócritas para ofenderse al oir su nombre.

—Ah! podeis creerme, jamás he dudado de la generosidad y bondad de vuestro corazon; estoy bien convecida de su magnanimidad para poner en duda su misericordia en tan delicada circunstancia, y yo por mi parte, conozco demasiado bien los deberes de una cristiana para arrojar la piedra á una mujer caida.

—Veo que nos separamos mucho del motivo de vuestra visita, exclamó la jóven interrumpiéndola de nuevo.

—Oh! No señora, á eso iba justamente, pues como María borda mucho para tiendas, me prometia hallar algunos patrones en su casa. Acabo de verla; su madre estaba ausente y apenas pude contener mis lágrimas; era la primera vez desde su último infortunio, pues aunque creo con todas las personas razonables que es un verdadero favor de la Providencia el habérsela quitado... no ignorais á lo que aludo...

—A la pérdida de su hija: la escarlatina hace estragos en el pais, y desgraciadamente lo sabemos mejor que nadie.

—Sí, por la muerte de vuestras niñas. ¡Qué golpe tan terrible para el coronel!... pero Dios sabe lo que hace con los hombres. No quiero molestaros mas; añadiré únicamente que como María no ha podido trabajar despues de su desgracia, no tenia nada nuevo; sin embargo, me ha dado este patron para que me sirviera, si no hallaba otro mas bonito.

Y al decir estas palabras Elista sacó un patron de bordado que extendió sobre la mesa, y de repente dió un grito diciendo:

—Dios mio! me ha dado una carta con este modelo, se la tendré que devolver: ¡otra visita! ¡Mirad que cifra tan hermosa y qué armas!

Lavinia se inclinó para mirar no el bordado, sino aquella cacta dirijida á María Rhenmann, pues habia visto sobre el ancho sello que la cerraba las armas de su marido, y ahora que tenia cerca el billete, no podia dudar que estaba escrito por Hermann.

—Voy á traeros mis bordados, exclamó levantándose para ir á buscarlos, y quizá para ocultar el rubor que cubria su frente.

—¡Cuántas gracias os debo, señora! si algun dia os puedo ser útil en algo...

Pero tuvo que detenerse, pues Lavinia habia salido del aposento, y cuando volvió á entrar con los bordados debió tomar el partido de retirarse, en razon á que la jóven no prestaba ninguna atencion á sus palabras, no obstante, en la precipitacion de su salida se olvidó de recojer el billete que permaneció caido delante del sofá.

Ya se habia marchado y Lavinia estaba sola. Agitada por una emocion invencible, por mas vueltas que daba, su pensamiento estaba siempre fijo en el papel, y sus ojos, cuando los cubria con sus manos, leian siempre en el sobre: «A la señorita María Rhenmann.»

Hacia tiempo que no habia pensado en María; el lazo, fuese cual quisiere, que la habia ligado á su marido, pertenecia al pasado, no al presente. Los sentimientos del coronel parecian haber tomado una direccion que no era indiferente á Lavinia, y despues de la muerte de sus niñas, el cambio de su conducta habia arrancado á la jóven muchos suspiros y muchas lágrimas, pues aquella simpatía entre dos personas tan próximas y sin embargo tan extrañas, iba ensanchando en ella el círculo de su dominio.

—¿Y qué tiene que ver María en todo esto? se preguntaba la jóven en medio de su creciente turbacion; y esa mujer, ¿porqué ha venido aquí? Esta carta es antigua, la escribió cuando estaba viudo... y aun cuando la hubiese escrito ahora...

Medio sofocada se levantó y sus piés tropezaron con el billete de Hermann; bajó la vista, le vió y le tomó en sus manos... contempló de cerca el sobre... y le arrojó sobre la mesa, no queria leerle... ¿para qué? Estaria mal hecho, seria vergonzoso y sin embargo, leyéndole, se tranquilizaria... seria un medio seguro de demostrarse á sí misma la nobleza de su marido. ¿No se realzaria á sus ojos?... pero ¿qué significaban esas escusas que se ofrecia á sí misma? Una mujer tiene derechos imprescriptibles; ¿porqué no habia de apelar á ellos? Volvió á tomar la carta y leyó lo siguiente; la fecha era de la antevispera.

«Mi querida María, cesad de atormentaros; mi mujer se hallaba tan distante de las sospechas y los celos que una confidencia hoy seria tan inútil como ridícula; y luego, si es preciso hacer esa revelacion, ¿para qué precipitarla ahora.

»Comprendo sin embargo, María, toda la delicadeza de vuestra intencion, y si una confesion pudiera ser oportuna, yo seria el primero en aconsejárosla, mas en el estado actual de las cosas no es prudente, y confieso que me alegro, pues hay cosas que os afligen siempre, por mas delicadeza que se emplee para tocar á ellas.

»María, no deberiais prohibirme que fuese á veros. ¿No sabeis que me agrada mucho estar á vuestro lado, pobre mujer? Heridos entrámbos por la desgracia, podemos al menos consolarnos mutuamente.

» Hermann de Rosenborg.»

Estos renglones trastornaron á Lavinia; todas sus ilusiones estaban desvanecidas, todas las suposiciones con que habia tratado de explicarse las relaciones de María Rhenmann y de su esposo se venian abajo, y la verdad se alzaba ante sus ojos. ¡Y qué verdad, Dios mio! ¿Ahora que la conocia se atreveria á soportar las miradas del coronel y del conde, se atreveria á responder á sus preguntas, á escuchar su conversacion? No, esto era imposible, y así se decidió á enviar á decir que estaba indispuesta, para tomarse tiempo de recojerse y coordinar su plan de conducta. ¡Con que aquel hombre á quien ella habia creido digno de toda su estimacion, despues de haber pensado en casarse con una mujer, la habia seducido á sangre fria, no en el extravío del amor, pues confesaba no haber amado nunca, sino nada mas que por llevar á fin una aventura que continuaba todavía!

Entonces se la ocurrió una pregunta: ¿qué haria de aquel billete? ¿Le devolveria sin pedir ninguna explicacion? Pero esto seria provocarla, y además, aquella carta que ella leia y releia, ¿no decia que era preciso evitar una confesion? Lavinia conocia que á pesar de todo su resentimiento, no tendria valor para humillar á aquel hombre, pues un sentimiento confuso de su corazon la decia que jamás podria amar á una mujer ante la cual debiera avergonzarse.

La jóven se levantó queriendo sofocar aquella horrible idea que no la abandonaba un instante, el recuerdo de la mirada que á veces habia sentido clavada en ella.

—¿Estoy loca? se preguntaba; ¿debo soportar resignada y muda ese espectáculo que todo el mundo conoce? ¿Soy una heroina de novela, ó una mujer que conoce sus derechos? ¿Aceptaré que los violen así y que vaya á ver á esa mujer, á esa mujer, que es la primera que se avergüenza y que le suplica no ponga mas los piés en su casa? ¡Dios mio; ¿Qué partido tomar?... No obstante, es preciso hacer algo.

Al cabo de un terrible combate consigo misma, se decidió á guardar silencio. Pero aun quedaba una dificultad; ¿cómo devolver aquel billete á María sin que ella pudiera suponer que habia estado en sus manos?

¿Apelaria al conde? Era un hombre delicado y discreto, mas sin embargo, ¿cómo se atreveria á mezclarle en aquella especie de intriga, rebajándose hasta cierto punto á sus ojos, cuando era amigo de Hermann?

No, este recurso era imposible. En cuanto á Teresa, era delicada tambien, pero demasiado perspicaz, todo lo adivinaba.

Lavinia llamó y acudió el mayordomo; era precisamente el hombre que necesitaba; silencioso como un mudo, fiel como un perro, y totalmente incapaz de penetrar el motivo del encargo que le confiaban.

En este momento entró el coronel. La jóven no esperaba verle, y por lo tanto no habia pensado aun cómo se conduciria en su presencia; la sorprendia en lo mas fuerte de una excitacion que su voluntad no habia dominado aun, y así todas las palabras que profirió en el coloquio que hemos relatado ya, fueron casi involuntarias. No se dió cuenta de su significacion alternativamente altanera, amarga y dolorosa, sino cuando Hermann se halló fuera del aposento. Entonces se sintió turbada en su corazon, y resonaron de nuevo en sus oidos estas palabras como un eco funesto y profético: «Si mañana á la hora del almuerzo no habeis cambiado de resolucion, á las diez los caballos y el carruaje estarán dispuestos.»

Sí, partiria y todo quedaria concluido para ella; lo sentia en la horrible angustia de su corazon.

Teresa entró en este instante.

—Mandareis poner un trineo, la dijo Lavinia, necesito tomar el aire, y no podria dormir si no saliera un poco. Como es la hora en que mi marido juega al ajedrez con el conde, preguntad al mayordomo si no me podria acompañar.

—El tiempo está muy frio, y no sé si... el mayordomo se atreverá á sacar los caballos sin licencia del coronel.

—Decidle que lo mando yo, exclamó Lavinia con un tono que no admitia réplica; saldré dentro de un cuarto de hora.

Teresa bajó observando que jamás su difunta señora se habria atrevido á dar órdenes sin licencia del coronel.

Un cuarto de hora despues salia el trineo con Lavinia y el mayordomo.

La jóven estaba agitada y silenciosa. Hacia tiempo que se paseaban, cuando el sargento, que no osaba desplegar los labios sin que su ama se lo mandase, sintió que Lavinia le tocaba al brazo al propio tiempo que le decia con rapidez:

—¿Puedo pediros un favor?

—Dios mio!... A mí tal pregunta!... Yo, que me dejaria hacer pedazos...

—Bien, bien. La señora Elista ha perdido en mi cuarto un billete, que quiero devolver sin que se pueda recelar que ha estado en mis manos; le entregareis diciendo que le habeis hallado en la escalera.

—¡En la escalera yo! Es verdad que habria podido suceder.. pero ¿á quién he de entregarle?

—A quien pertenece, á María Rhenmann, y me agradará saber mañana que está entregado.

Y sacando el billete de su bolsillo le puso en manos del mayordomo, quien se contentó con decir sencillamente:

—Yo mismo haré el encargo.

—Y sin decir una palabra á nadie; ¿me entendeis?

—Sí, señora.

—Gracias; ahora volvámonos, pues hace mucho frio y no me encuentro buena.

En el momento en que el trineo se paraba delante del peristilo, la luz de los faroles alumbró á un hombre que estaba allí de pié apoyado en una columna y cubierto de nieve. Antes que el sargento se hubiese apeado, este hombre se precipitó al trineo, tomó en sus brazos á Lavinia, subió el peristilo y no la soltó sino cuando hubo entrado en el vestíbulo.

Era el coronel que estaba pálido como un difunto y que fijó una mirada tan profunda, que Lavinia sintió flaquear sus piernas. No dijo una palabra: se volvió al salon y ella corrió á su aposento.

—¿Qué hay? preguntó el conde al verle entrar, ¿porqué te has marchado tan de prisa!

—¡Oh! por ningun motivo importante; oyendo un caballo á la puerta he querido ver quién salia, y me encontré con Lavinia que se marchaba en el trineo. Me quedé esperándola hasta que volviese, y he ahí lo que me ha retrasado.

—Además hay otra cosa, y es que tú estás enfermo ó triste.

—Ni uno ni otro; tengo sueño y estoy muy cansado, de modo que tomarás solo él té, pues yo voy á acostarme.

Tomó una luz, salió del salon y se fué á su cuarto.

Ya podia dormir, la habia visto entrar: la habia tocado, pero media hora de invencible angustia habia quebrantado mas su cuerpo que no le habria podido quebrantar una campaña de tres meses.

XVIII.

Ahora el coronel conocia toda la fuerza de la pasion que le ligaba á Lavinia; durante aquella hora que habia pasado esperándola, sin saber si volveria ó no, habia sufrido bastantes emociones contrarias para saber que en lo sucesivo, separado de su mujer llevaria una vida miserable, y que con ella podia ser feliz: lo habia conocido en aquella alegría tan loca como intensa que rebosó de su corazon en el momento en que oyó el trineo y descubrió el velo blanco de Lavinia.

Y justamente en ese mismo momento en que su ra-

© Biblioteca Nacional de España

zon ilustrada ya no contestaba á su corazon lo que formaba la mejor parte de su vida, toda esa felicidad iba quizá á desvanecerse: ¿qué haria Lavinia? ¿Una mujer tan orgullosa como era ella, se rebajaria hasta el punto de retractarse?

Apenas durmió, y se levantó muy temprano con el fin de tener delante de sí algunas horas antes del almuerzo.

—Quizá me escriba diciéndome que aplaza su viaje, se decia; pero ya son las nueve... me escribirá... es demasiado altanera para retractar una palabra de lo que ha dicho; aun cuando se despedazara su corazon se callaria... ¡y yo!... á mí no me toca hablar; pero ¡ya es la hora!

Le anunciaron que le esperaba el almuerzo.

—Todo está concluido, se dijo, no pensemos mas en ello... ¡Oh! no, Lavinia, nunca sabrás lo que he padecido hoy, no tendrás ese triunfo.

El mismo dia y á la misma hora, Lavinia estaba sentada delante de una mesa y con la pluma en la mano parecia disponerse á escribir; pero mas de dos horas trascurrieron sin que hubiese trazado una letra. Miraba la hora, se levantaba y se volvia á sentar por la vigésima vez, mojaba la pluma en la tinta, pero no escribia: no sabia cómo expresar lo que pasaba en su corazon. No podia resignarse á disculparse sin que un ademan de su marido le animara á ello. En efecto, ¿cómo le habia de confesar el motivo que la víspera le habia conmovido tanto? Ya no solo la contenia la idea de humillar á Hermann, sino la de declarar que habia sentido el tormento de los celos. ¡Celosa! No, jamás le haria tal declaracion. Nadie tiene celos tratándose de una persona indiferente; ¿cómo los podia ella tener de aquel hombre que hace seis meses aborrecia, y que dentro de seis meses...

—Señora, os espera el almuerzo.

(Se continuará.)

DESCUBRIMIENTOS CIENTIFICOS.

EL TELÉGRAFO.

Los resultados prácticos de la ciencia se han vulgarizado á tal punto en la época actual, que no creemos inoportuno ni fuera de las condiciones de ningun periódico, cualesquiera que ellas sean, el emitir acerca de los expresados descubrimientos algunas ideas relativas á su historia, á su importancia y á la extension de sus aplicaciones.

Las artes que han nacido de la ciencia mecánica no solo se funcionan hoy en los gabinetes de las escuelas; ellas han pasado al dominio comun, y hasta los talleres de las modistas, hasta la sala de labor de una casa particular, ostentan sus máquinas de coser, fundadas sobre diversos sistemas, y á las que, si no se les ha aplicado el vapor ni la electricidad, es solo porque la especie de trabajo que ejecutan no ha menester la aplicacion de esos nuevos agentes, reservados para aparatos que exijan mayor fuerza.

Si de estas consideraciones generales descendemos á las particulares que se refieren al objeto especial de nuestro artículo, es decir, al telégrafo, desde luego echaremos de ver que sus aplicaciones, no há mucho recintadas casi exclusivamente al servicio del estado, hoy constituyen, por decirlo así, un ramo de primera necesidad, y hasta las personas que antes ignoraban que hubiese una cosa en el mundo que se llamaba telégrafo, ó que cuando mas habian llegado tal cual vez á verle agitar sus aspas á manera de molino de viento sobre una torre, hoy hacen uso de él hasta para enviar las buenas noches á algun amigo que more á doscientas leguas, todo por la insignificante cantidad de siete reales.

¿Pero cuántos y cuántos años no ha costado este resultado que hoy nos parece tan sencillo? ¿Cuántas investigaciones, cuantos estudios no ha sido preciso emplear para haber llegado á este punto de sencillez? ¿Qué suma de conocimientos científicos no se ha puesto en combinacion para alcanzar lo que hoy nos cuesta tan poco trabajo de comprender? Esto es lo que por lo comun no se reflexiona; esto es en lo que casi nadie pone atencion cuando recibe un telégrama, expedido pocos minutos antes desde un punto situado á cien leguas de nosotros. Por eso nos proponemos trazar hoy á grandes rasgos las principales etapas que ha ido haciendo este descubrimiento importantísimo, desde el primer origen de la idea hasta su actual perfeccion por medio de la electricidad; estado en el que difícilmente pudiéramos concebir un mas allá, si la experiencia de los siglos no nos enseñase que es imposible poner un límite al progreso de la mente humana, y que seria grosero error el suponer que habíamos llegado á oir la última palabra de la ciencia.

La idea de trasmitir el pensamiento desde un punto á otro lejano, cuando fuera impotente la palabra hablada é imposible la escrita, es muy antigua, tan antigua probablemente como las sociedades. Pero estos medios, como por ejemplo las hogueras encendidas en puntos elevados, de las que ya nos hablan las historias de los antiguos pueblos, solo podian expresar un cortísimo número de avisos ó de noticias, y aun para su inteligencia era preciso que precediese un cierto convenio.

Esos primeros ensayos no podian entonces salir de cierto estrechísimo límite; es decir, el que le señalaba la simple vista, y eso suponiendo la atmósfera despejada; era indispensable poder ver mucho mas lejos que lo que permitian los mejores ojos, y aun no se conocia el arte de combinar los lentes de modo que se lograse este resultado. La aplicacion, pues, de los catalejos á la trasmision de señales no vá mas allá del último tercio del siglo 17.°

No faltan á la historia de este descubrimiento, aunque tan reciente, ni sus festivas anecdotas de la córte, tan propias de la de Luis XIV, ni su parte de supuestos arcanos portentosos, como el del aparato de Marcel, el cual diz que funcionaba lo mismo de noche que de dia, y que trasmitia las palabras en el tiempo que pudiera emplearse para escribirlas. Sin embargo, esta maravilla, este *puff* no pudo abrirse camino á la publicidad. El Gobierno no quiso ocuparse de ello; Marcel rompió su máquina y se quedó con su secreto.

La telegrafía óptica no habia dado, por tanto, un solo paso, y los ensayos de Amontons ante la córte, solo lograron hacer bostezar á aquellos señores que daban el tono á la Francia. Así fué que por entonces no se pensó mas en el asunto, quedando todos convencidos de que era mas fácil, mas seguro, y hasta mas pronto el escribir uno una carta á este ó al otro amigo ausente ó enviarle un propio en posta, si la cosa lo merecia, que valerse de aparatos cuyos buenos resultados no habian llegado á verse nunca. La vista, aun con anteojos, no daba juego: apelóse, por tanto, al oido por si era mas feliz.

En efecto, hácia fines del siglo próximo pasado se presentó ante la academia de ciencias de París un monge benedictino, el cual venia provisto de un nuevo proyecto de trasmision de palabra. Debia verificarse esta por medio de unos tubos bastante largos, y todo ello se reducia á hablar en uno de sus extremos, mientras que en el otro habia un oido dispuesto á recibir y á trasmitir á su vez á mayor distancia, si era preciso, las palabras pronunciadas. Los ensayos, como no podia menos de suceder, demostraron la posibilidad de oir; pero la aplicacion en grande escala del pensamiento del monge necesitaba, si no habia de quedar muy incompleto este servicio, el establecimiento en toda Francia de muchos centenares de leguas de tubería, y ni el gobierno ni los particulares se creyeron con fuerzas para sufragar tamaño gasto.

La causa de la telegrafía acústica no se tuvo, sin embargo, por enteramente perdida. Un marinero afirmó que habia oido desde abordo á cien leguas de la costa el repique de las campanas de Rio-Janeiro, y hubo en efecto otra persona que confirmó su dicho, puesto que oia el mismo sonido cuando se colocaba en el foco de la vela. Esto sugirió la idea de situar de trecho en trecho aparatos consistentes en unas especies de espejos metálicos de forma cóncava, en cuyo foco deberian percibirse con claridad las palabras pronunciadas en el otro extremo de la línea, sirviéndose para ello de una bocina parabólica. Todo esto no pasó entonces de un proyecto escrito, que nadie se ha tomado despues el trabajo de reducir á práctica.

La exactitud del hecho del repique parece que se confirmó despues por noticias que se tomaron. No puede, pues, aplicarse aquí aquello de «oir campanas y no saber donde.»

No solo durante este tiempo, sino antes, se habia tratado repetidamente de aplicar la electricidad á la trasmision de las señales, á lo que convidaba la pasmosa velocidad del fluido; pero este poderoso agente no habia revelado aun las propiedades que en él descubrió despues la ciencia moderna, y los ensayos debian quedar, y quedaron en efecto, infructuosos.

Volvióse en su consecuencia á la telegrafía aérea, y comenzaron á surgir sistemas mas ó menos aceptables, porque como el destinar una señal telegráfica para cada letra era cosa en extremo larga, é inconveniente además, hubo necesidad de hacer que cada una de estas fuese un signo aritmético, y cada signo se expresase por una combinacion dada por las posiciones de las reglas. Este sistema, como el de los globos opacos ú otros cuerpos movibles á voluntad, no satisfacian sino muy imperfectamente las necesidades del servicio, puesto que las operaciones eran largas, eran complicadas, y la mas ligera niebla interrumpia además las comunicaciones. Tales sistemas era imposible que se generalizasen, y por tanto servian de poco siempre, y muy frecuentemente no servian de nada.

En este estado, los interesantes trabajos hechos sobre la electricidad dinámica hicieron fácil su aplicacion á los telégrafos, tales como hoy existen, y que son uno de los mas bellos títulos de gloria que presentará nuestro siglo á los venideros.

Esta es la primera parte, en compendio, de la historia de los telégrafos. Quizá la continuemos otro dia.

FRANCISCO FLORES ARENAS.

Explicacion de la estampa iluminada de peinados.

N.° 1. (Figura del centro). Adornos compuestos de lirios de los valles y encage. Este peinado despeja la frente, y conviene sobre todo á los cabellos cuyas entradas se deslinean bien. A poca distancia de las raices se pone un crepé destinado á sostener el peinado; se le cubre con el cabello traido hácia atrás, tomando primero el de la frente y luego el de los lados; sobre esto se colocan las flores y la mariposa de encage. La castaña es postiza para no perjudicar á los cabellos rizándolos; se pone aquella encima de la trenza hecha con el cabello natural, se trae esta trenza sobre la castaña, y se sujeta todo con un peinecillo de diadema con cinta azul y rosas.

N.° 2 visto por delante y por detrás. (Figuras de arriba). Peinado adornado con plumas de pavo real. El cabello está dividido por una raya desde la frente á la nuca; en este sitio se deja un mechon pequeño, que se trenza para hacerle sostener dos anchas cocas postizas hechas con cabellos ondulados á fin de armonizar todo el peinado; se separa luego el cabello en dos partes; debajo de uno de los bandós junto á la raya se pone un crepé armado sobre un peinecillo; se enrosca el cabello hácia atras, y cuando ha llegado á las sienes se reune el bandó con el cabello de detrás; se forma una trenza en cada lado; una de estas acompaña al rostro pasando por debajo del bucle *arrepentimiento*, y vuelve á salir entre las dos cocas; la otra corona la cabeza del lazo; en seguida se ponen las plumas de pavo real.

PROBLEMAS DE AJEDREZ.

RECTIFICACION.

En el problema n.° 3, se puso uno de los *Alfiles negros en casilla de Rey*, debiendo ser *en 2.ª de Reina*.

SOLUCION DEL N.° 5.

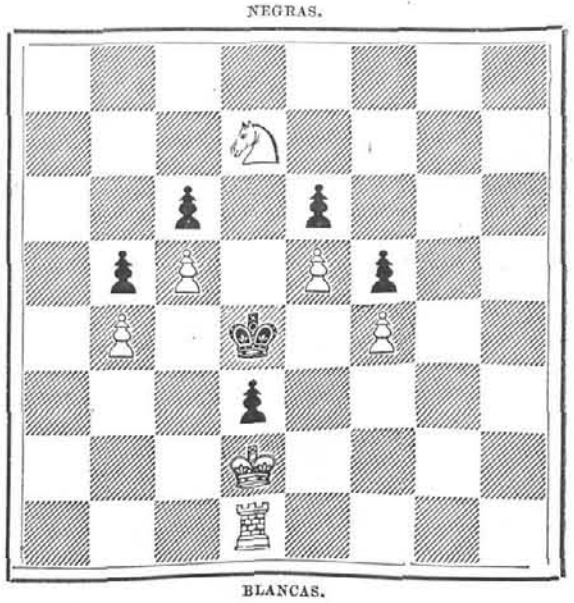
1.ª	Cab. 4.ª Cab. de Rey.	Cab. 3.ª Cab. de Reina.	
2.ª	Cab. 6.ª Torre de Rey.	Cab. 4.ª Alfil de Reina.	(la mejor.)
3.ª	Cab. 7.ª Alfil de Rey.	Cab. 2.ª Reina.	(A)
4.ª	Rey 3.ª Torre de Reina, ó 2.ª Cab. Reina.	Cualquiera cosa.	
5.ª	Cab. Jaque y mate, bien en la 5.ª R ó en la 6.ª R.ª		

(A)

3.ª		Cab. 5.ª Rey.
4.ª	Peon toma Cab.	Cualquera cosa.
5.ª	Cab. Jaque y mate.	

PROBLEMA N.° 6, POR M. DE ZAMORA (DE ALMERIA).

NEGRAS.



BLANCAS.

Las blancas dan jaque-mate en 7 jugadas,

EDITOR RESPONSABLE: D. FELIX PRICHARD.

CADIZ: 1863.—IMP. Y LITOGRAFIA DE LA REVISTA MÉDICA, Bomba, n. 1.

© Biblioteca Nacional de España

Gilquin et Dupain Imp. r. des Fossés St J. 3. Paris

LA MODA ELEGANTE ILUSTRADA

Cadiz

44

© Biblioteca Nacional de España